

ST. JOHN'S AT DIOCESAN CENTER IGLESIA EPISCOPAL DE SAN JUAN

23 E. Airy Street | Norristown PA 19401 | (610) 272-4092



¿QUEJAS? ¡DE RODILLAS!

Rvd. Andrew F. Kline

Texto del Sermón predicado el 18to Domingo después de Pentecostés
26 de Septiembre, 2021

NÚMEROS 11:4-6, 10-16, 24-29 | PSALMOM 19:7-14
SANTIAGO 5:13-20 | SAN MARCOS 9:38-50

La petición original de Moisés al faraón fue breve y dulce: “Deja ir a mi pueblo, para que podamos ir a adorarle en la montaña”. El faraón puede haber tenido algunas preguntas: ¿Cuánto tiempo estarás fuera? ¿Qué montaña? No importa, debe haber pensado para sí mismo, morirán en el desierto. Este compañero Moisés no podrá soportar sus quejas. Será mejor que te quedes aquí.

Y lo mismo hicieron muchos del pueblo de Israel cuando se encontraron yendo y viniendo de esa montaña. El libro de Éxodo relata el viaje a esa montaña. El libro de Números relata el viaje desde esa montaña. Ese viaje lejos de la esclavitud, hacia la promesa de bendición, fue todo el camino que Israel tuvo que viajar para convertirse en una nación, el pueblo de Dios, una luz para las naciones que los rodeaban.

Hoy consideraremos el hecho de que el pueblo de Dios se quejó en ambas direcciones. Su conmoción e incomodidad por estar en un vasto desierto era bastante comprensible mientras se dirigían hacia la montaña donde Dios los encontraría. Dios le dijo a Moisés que golpeara la roca en busca de agua. Dios los tranquilizó con el milagro del maná, que tendrían suficientes calorías, suficiente energía para cada día. Con todo, parecía haber un plan.

Pero en su camino desde la montaña, mientras se dirigían al más arduo e incierto viaje hacia una tierra prometida peligrosa y aparentemente inalcanzable, los murmullos se convirtieron en quejas. Y los que se quejan, la “chusma”, deberían haberlo sabido mejor. Eran los líderes de sus clanes, los responsables, los sacerdotes y los ancianos. Moisés tuvo que lidiar con ser cuestionado y, en última instancia, con una rebelión total.

Los niños se quejan y nosotros tratamos de consolarlos. Cuando el cliente se queja, recordamos la naturaleza exacta de nuestra relación. El cliente siempre tiene la razón. Pero cuando los que están a cargo, los que más tienen y más saben, los que pueden hacer algo al respecto, los que deberían estar haciendo algo al respecto, como decimos, cuando los adultos en la sala comienzan a quejarse, bueno entonces , estamos en serios problemas.

Dios le dice a Moisés que reúna a los ancianos, setenta y dos en total, en la Tienda de Reunión. Pasarán dos cosas. Primero, a los quejosos que son líderes se les dará una porción del Espíritu que descansa sobre Moisés. Pero también aprenderán que ningún lugar, ni siquiera posición, puede contener el Espíritu de Dios. Dos ancianos que no asistieron a la reunión, terminan profetizando. Y Moisés dice lo que piensa Dios cuando dice: “¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profetas y el Señor pusiera su espíritu sobre ellos!”

Y a lo largo de las generaciones, lo único que evita que eso suceda es el simple hecho de que quienes tienen una queja, quienes ven las cosas de otra manera, quienes están en condiciones de responder al sufrimiento y la injusticia, no hacen nada, no aprenden nada. El temor del Señor es el principio de la sabiduría. El don del Espíritu llega a quienes asumen la responsabilidad de lo que a Dios le importa.

Estamos en problemas cuando los adultos en la habitación comienzan a quejarse. El Espíritu Santo se entristece, se frustra, se olvida. Ser discípulo de Jesús es escuchar a Jesús explicar por lo que debe pasar para revelar la justicia de Dios, y estar decidido a caminar con él, a sufrir con él, a preocuparse por lo que le importa.

El evangelio de hoy no es la primera vez que los celos insensatos y el espíritu competitivo de los discípulos se interpondrán en su camino. No será el último. Es más fácil conservar el poder y los privilegios para nosotros, y menospreciar a los demás e insistir en nuestros derechos, que mirar a nuestro alrededor y ver quién está sufriendo, quién necesita misericordia, quién necesita que nos unamos y lo levantemos.

Jesús usa un lenguaje muy hiperbólico para llamar la atención de sus discípulos. Les dice, en efecto, que no llegarán al final de este viaje entero, con todas las facultades y capacidades que necesitan, a menos que las pongan al servicio de los “más pequeños que creen en mí”. Hagas lo que hagas, no te metas en el camino de Dios y del Espíritu de Dios. Si ve algo que está mal, no se limite a quejarse, discierna y luego responda.

Santiago pone todo esto en un lenguaje al que podemos responder fácilmente, que es inspirador. Si alguien está enfermo, reúna a los ancianos y ore. Si alguien está alegre, apóyese en eso y comparta su bendición con los demás. Si han pecado, no es una cuestión de si han pecado, cuando pecan, confiesen su pecado unos a otros y perdónenos unos a otros. Si has lastimado a alguien, adivina qué. Puedes hacer algo al respecto. Deja de quejarte y ve a donde necesitas ir, haz lo que tengas que hacer. Y si. Recuerda a Elías.

Finalmente, y de manera bastante apropiada, James nos recuerda que todo se trata del viaje. Está un poco preocupado de que nos alejemos y olvidemos a dónde vamos. Entonces, dice, si alguien se ha

desviado de la fe, ve a buscarlo y ve lo que está pasando, intercede. Tráelos de vuelta. Evitar que una persona se caiga por el acantilado salvará a muchas más.

Puede que sea cierto, como he oído y he llegado a creer, que el mundo es sostenido por la intercesión de los santos. La razón por la que todavía estamos aquí es porque aquellos que vieron, escucharon y sintieron la necesidad del mundo se pusieron de rodillas. No sabemos sus nombres. Al decir nuestras oraciones hoy, debemos agradecer a Dios por ellas.

El Espíritu de Dios no se frustrará para siempre. De hecho, Dios le ha mostrado algunas cosas a las que debe responder. Dejemos que cada uno de nosotros resuelva hoy hacer algo al respecto. Ponernos de rodillas. Y agregue nuestro nombre a los santos que sostienen al mundo, intercediendo, suplicando, regocijándose, creyendo que permanecemos en la mano de Dios.